

Mentira y democracia

Francisco Gutiérrez Sanín

fagutierrez@unal.edu.co

La sola noción de mentira, definida por la Real Academia de la Lengua como “decir o manifestar lo contrario de lo que se sabe, cree o piensa”, causa en la mayoría de nosotros un malestar espontáneo. Incluso para los pocos que quisieran revisar su caso, no hay mucho que se pueda hacer por la figura del mentiroso: el suyo es un caso condenado ya de antemano por el jurado de la opinión.

A la vez —una de las muchas dificultades que entraña un concepto aparentemente rectilíneo—, la mentira está en el centro de la vida humana. Los psicólogos han encontrado que navegamos a lo largo de nuestras vidas un proceloso río de distorsiones. Seguramente no podríamos vivir sin ellas. Si una persona les llega a preguntar qué tal estuvo la conferencia que acaba de dictar, o más cotidianamente cómo se ve, es mejor que no se arriesguen a decir lo que en verdad piensan. Mejor, más llevadera, una respuesta formulaica: una mentira. Por eso, muchos autores han encontrado de manera independiente la intuición de que la hipocresía —una de las formas más antipáticas de mentira— tiene “un valor civilizatorio”. No es casual que esto se extrapole a la vida pública: de todos los mundos posibles, el de la política es el que sentimos está más inmediata y claramente fundado sobre la mentira.

Creo que esto es así desde el comienzo. La política se basa en la capacidad de entusiasmar, de agrandar, de movilizar. En esta clase de mundo, el desempeño depende parcialmente de las expectativas sobre el desempeño. Precisamente por esa razón, “estructuralmente”, los políticos tienen un formato mental proclive a las cuentas alegres y los que carecen de él salen del juego. ¿Cuántas veces no habrá oído el lector a candidatas X o Y, cuyo lugar en las encuestas es absolutamente miserable, diciendo que van a ganar? ¿O a pésimos gobernantes hablando maravillas de su gestión? Claro: en todas estas cosas interviene la malicia. Pero si entendemos el sistema de incentivos

subyacente a la política, a todas las políticas que conocemos y en particular de la política competitiva contemporánea, esta tendencia a las argumentaciones groseramente parciales, al engaño y al autoengaño, no nos extrañará.

Y, en efecto, es dentro de aquella (la política competitiva) donde aparentemente hay más razones, pero también más posibilidades, para mentir a placer. Lo dijo ya muy bien Napoleón: “El poder absoluto no tiene necesidad de mentir; se calla. El gobierno responsable, obligado a hablar, disfraza y miente con descaro” (leí la cita en un libro del analista mexicano Fernando Escalante). Nótese, a propósito, que por lo tanto no mentir y en lugar de ello callar puede ser un síntoma poderoso de que un político intenta liberarse plena y totalmente de la responsabilidad que tiene con respecto de la ciudadanía.

Sin embargo, antes de tomar el camino del elogio paradójico y entusiasta por la mentira, es bueno considerar por qué ella puede ser nociva —también, y sobre todo, para las democracias—. Primero, cuando un engaño alcanza niveles extraordinarios, ya sea porque contradice toda evidencia, ya sea porque se repite con extraordinaria frecuencia sin fundamento alguno, rompe la posibilidad de que las partes que lo creen y lo rechazan se puedan siquiera poner de acuerdo sobre lo que están hablando. Cuando en Estados Unidos se dice una y otra vez que se robaron las elecciones, o en Colombia que en realidad las FARC nunca se desmovilizaron, lo que está en juego no es solamente el punto en discusión, sino la capacidad que tiene la comunidad política de hallar un lenguaje común basado en una percepción compartida de la realidad. Al minar de manera radical la posibilidad de ese lenguaje común, la mentira extraordinaria inhabilita el instrumento básico de cualquier acuerdo o confluencia entre los partidos que se disputan el poder. Por consiguiente, augura un curso de acción violento, o al menos de imposición unilateral sobre los demás. No se opta por la voz,

sino por la fuerza. No tiene nada de raro por tanto que los proyectos más destructivos de los que tengamos noticia se hayan querido apoyar explícitamente en el uso de esta clase de mentira. Decía Goebbels que una mentira repetida mil veces se convertía en una verdad. Pero la alquimia que propone es, en sí misma, engañosa. La receta requiere de otros elementos: un gran garrote que rompa cráneos, fusiles, tanques, medios masivos de comunicación.

En los países y coyunturas que han pasado por afectaciones violentas de gran magnitud, el negacionismo —es decir, el rechazo al hecho empírico de la victimización— es particularmente destructivo, y a menudo tiene el propósito de crear las condiciones para nuevos ataques.

Segundo, incluso una mentira ocasional y parcial puede tener implicaciones problemáticas, que van más allá de un simple pecadillo. La política es también el mundo por excelencia de las operaciones estratégicas e intencionales. En ese sentido, hay buenas razones para ver con peores ojos a un embustero político que a uno cotidiano. Este puede distorsionar la verdad con propósitos inconfesables. Aquel no solamente se halla en la misma situación, sino que tiene acceso a recursos —materiales, culturales, intelectuales— que en principio son de todos, y está capacitado profesionalmente para concebir planes en gran escala. Eso magnifica los daños que podría causar. Más aún, el hecho de que mienta se convierte en un índice negativo de su personalidad. Si la calidad del gobierno depende al menos en parte de darle acceso a la toma de decisiones sobre todo a personas íntegras, el que el personal político se aparte sistemáticamente de la verdad puede ser un síntoma grave de su deterioro. La calidad del personal político es una variable muy importante para cualquier país: la idea de que “todos son iguales” no solamente es falsa, sino degradante. Conduce a la igualación por lo bajo más destructiva posible.

Tercero, se podría pensar que, si muchos políticos faltan a la verdad de manera rutinaria, esto puede generar desconfianza, escepticismo y desmoralización de la ciudadanía frente a ellos, las instituciones y la democracia. Es importante insistir en que esto es apenas una conjetura. No es fácil saber cuál es el efecto independiente de la mentira, entre otras cosas porque en la vida pública la ciudadanía no evalúa fenómenos separados sino “paquetes” de (en este caso) males

sociales: corrupción, trapacería, violencia. Estas dimensiones se superponen y se combinan. A menudo se falta a la verdad para proteger a manilargos y matones. Y con no menos frecuencia se asesina para poner a salvo a mentirosos. Pero dos premisas que debilitan la conjetura son casi con seguridad ciertas. Primero, no todos los políticos resultan afectados por haber faltado a la verdad; se necesita una combinación de elementos para que eso suceda. Segundo, es posible que diferentes grupos sociales tengan sensibilidades diferentes frente a lo que pueden considerar o no una falsedad grave.

Aun así, la conjetura —la mentira por parte de muchos políticos deteriora la confianza en ellos, sobre todo si se generaliza a lo largo de los años— es creíble. Adoptémosla con todas las reservas del caso. Entonces aquí tenemos una fuente seria de problemas para las democracias realmente existentes y para su futuro. Por un lado, parte significativa de su personal “miente con descaro”, según el *dictum* napoleónico. Por el otro, la actual base tecnológica tiene todos los instrumentos para poner esas mentiras en evidencia. Las redes sociales, los medios de comunicación ágiles y mucho menos sometidos a controles (portales, etc.), la cámara portátil en el celular, para no nombrar sino algunos de los recursos más protagónicos de nuestra época, marcan con fuego la falsedad —al menos la más obvia—, la que se puede representar visualmente (“dijiste que no te gustan los chocolates, pero mira: ahí estás en este video comiéndolos con gusto”). Pero, en la otra dirección, a menudo esos instrumentos pueden ayudar a crear “verdades alternas” —según la expresión de la brillante y atemorizante consejera de Trump, Kellyanne Conway— y mundos plenamente autorreforados.

Así, esta nueva base tecnológica contiene dos tendencias. Por una parte, la capacidad de exponer (“transparencia”). Por otra parte, la capacidad de agrupar: nos empuja a un metaverso gregario, en donde el criterio de veracidad es puramente cuantitativo —número de seguidores y de *likes*— y en donde la manada anónima puede promover y destruir reputaciones en cuestión de un día. Vale la pena recordar que en estas manadas participan ya agentes no humanos (*bots*); signo de los tiempos. Dicho de otra manera, la base tecnológica —y el cambio social asociado a ella— también mueve la línea divisoria entre lo que consideramos verdad y mentira, asediando a la política democrática desde dos ángulos: poniendo en evidencia

su mendacidad, y a la vez construyendo mundos cerrados en los que la deliberación y la responsabilidad son reemplazados por la identificación de manada. Estas tendencias se podían encontrar ya en el pasado; pero ahora se han potenciado y re combinado, generando continuamente fenómenos nuevos.

En estas condiciones, es muy fácil caer en un primitivo conservatismo tecnológico o en la rotulación mecánica de las preferencias que no condono. De hecho, estas tentaciones se encuentran inscritas en el vocabulario mismo que inevitablemente usamos para plantear los problemas. Aquí, por ejemplo, he estado repitiendo palabras grandes, solemnes y sonoras: mentira, verdad. Cualquier estudiante de primer semestre de cualquier programa en ciencias sociales de cualquier universidad en cualquier país del mundo sabe ya que estos vocablos han de ser valorados al menos con alguna desconfianza. Hay que “deconstruirlos”: quizás el verbo más usado en los últimos años en las aulas.

¿Mentira? Nótese que la definición implica tener la voluntad de falsear las cosas ¿Pero: quién sabe lo que en realidad yo u otra persona creemos? ¿Quién puede valorar con seriedad y ecuanimidad si los políticos de X o Y bandería en realidad piensan que es cierto lo que dicen? Además, la verdad pionera, el error y la mentira tienen por desgracia un aire de familia que los hermana; distinguirlos a menudo es tarea que queda a los historiadores. Para no hablar ya de que, como sucede con casi todas las definiciones en lenguaje natural, lo que es cierto o no tolera una amplia zona gris de ambigüedad. ¿Quién lo decide? Los *fact-checkers* de los periódicos y portales consultan con especialistas, muchos de los cuales tienen su sesgo (o tienen opiniones tan frágiles como la que están valorando).

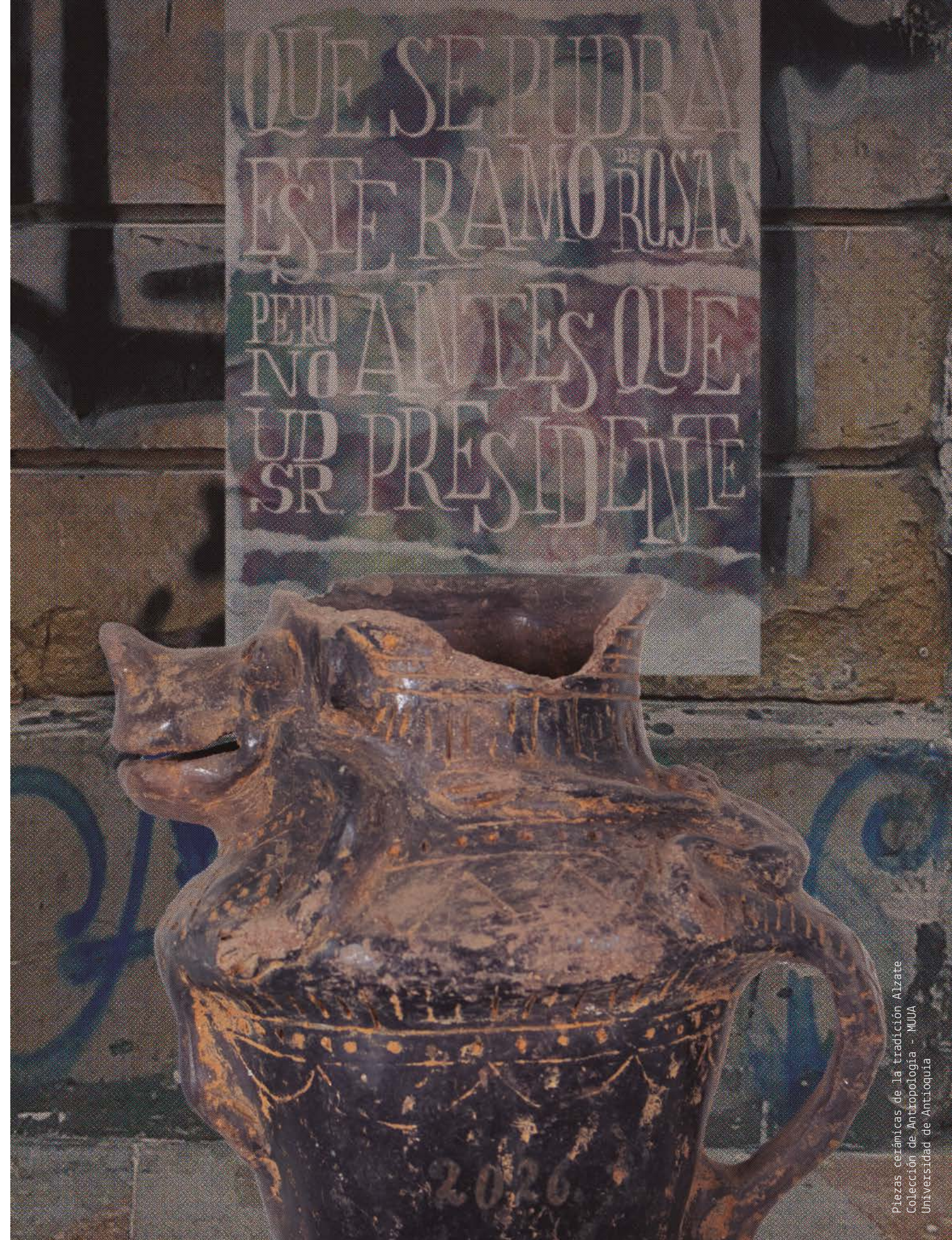
No tan paradójicamente, la palabra “verdad” ha sufrido muchas más tribulaciones aún que su hermana y antagonista, la “mentira”. En las condiciones que describí en el párrafo anterior, muchos consideraron que hablar de verdad resultaba irremediablemente ingenuo y fechado. Pero creo que el mundo actual, así como las duras dinámicas de la historia y la política, están mostrando más allá de toda duda razonable que esa solución solipsista es también inviable. Hubo un campo de concentración en Auschwitz. En Colombia se cometieron cientos de masacres. Quedarse

en la simple deconstrucción es abrirle el paso al caballo ganador: a las verdades alternativas de Conway. Desde allí se atisba el precipicio. Hay que comenzar a deconstruir la deconstrucción.

Pero si el solipsismo puro y duro no nos ofrece mucho, el terreno del cientifismo ingenuo –hay que cultivar el escepticismo, etc.– tampoco resulta particularmente fértil. Por muchas razones. El escepticismo de mala fe puede ser increíblemente venal, y de hecho está en la pepa de todos los negacionismos (también el del cambio climático). Sabemos con seguridad que la opinión experta es mucho más falible de lo que habitualmente se reconoce, sobre todo para algunas operaciones centrales para la vida pública (predecir, anticipar). Nótese además que todo discurso mínimamente racional depende de un buen grado de credulidad por nuestra parte. Esto incluye en grado eminente a la ciencia, al periodismo, etc.

Claro: se trata de propagar el escepticismo de buena pasta, no el otro. Pero, ¿quién distingue a uno del otro? Cualquiera que piense con algún detenimiento sobre el asunto se encontrará con que esta no siempre es una operación fácil. La idea ingenuamente ilustrada de que por arte de magia tendremos una población preparada con las destrezas de un doctor en cualquier disciplina para resistir los cantos de sirena del populismo no solo resulta insostenible, sino que revela una profunda incomprensión de la democracia (tendría además mucho que decir sobre la credulidad de los doctores cuando hablan del mundo directamente político, pero me abstendré, aunque sea un tema que no carece de interés). Más en un mundo crecientemente marcado por abismales desigualdades sociales. Lo mismo se podría plantear sobre el intento de atribuir a pura estupidez, ignorancia o trampa el voto de aquellos que se decantan por opciones que no me gustan (aunque a menudo nos encontremos con que la estupidez, la ignorancia y la trampa juegan un importante papel en las elecciones).

Si todo esto que he venido diciendo tiene alguna verosimilitud, entonces es momento de repensar seriamente el discurso público y la deliberación democrática en el mundo actual: en condiciones de vertiginosas amenazas, debates globales alrededor de los criterios de veracidad, y cambios en gran escala en la plataforma tecnológica sobre la que operamos. ■



Pliezas cerámicas de la tradición Alzate
Colección de Antropología - MUJA
Universidad de Antioquia